

EVIDENCIAS ARQUEOLÓGICAS DE ÉPOCA MEDIEVAL EN MONTEALEGRE (VALLADOLID)

RAFAEL HEREDERO GARCÍA

En torno al casco urbano de la localidad de Montealegre, situada en el extremo septentrional del páramo de Torozos en la provincia de Valladolid (fig. 1), y en una zona conocida como El Cerro del Castillo (en realidad un espigón de ese páramo) podemos encontrar un interesante enclave arqueológico que se extiende por el noroeste hacia Tierra de Campos y por el sureste hacia el propio páramo de los Montes Torozos, enclave donde se concentran vestigios de periodos tan diferentes entre sí como la Primera Edad del Hierro, la etapa vaccea, la época romana o la Edad Media. Con el presente trabajo –extracto de uno más amplio y general (Heredero, 1994)–, que hace referencia a los restos arqueológicos medievales hallados durante diferentes campañas de excavación llevadas a cabo en este yacimiento –concretamente entre 1989 y 1991–, se trata de completar el estudio arqueológico sobre dichas ocupaciones asentadas en esta localidad vallisoletana, ya esbozado en diversas publicaciones dedicadas especialmente a la Edad del Hierro y al asentamiento romano, que han visto la luz en años anteriores (Balil Illana y Martín Valls, 1988; Heredero, 1993 y 1995), pudiendo ofrecer de esta manera una visión global de las mismas.

A la hora de presentar el resultado de esta investigación arqueológica sobre el enclave medieval, la dificultad más importante ha venido derivada del propio método llevado a cabo durante el trabajo de campo: las campañas de excavación en El Cerro del Castillo se han desarrollado en el marco de la arqueología de gestión, tratando de rescatar alguna de las estructuras visibles sobre la superficie del cerro, ya que podían desaparecer completamente a consecuencia de la erosión; es decir, que la prioridad de las excavaciones estaba determinada en función de las necesidades que implicaba la conservación de una u otra estructura y de ahí que las conclusiones o la información recogida en la mayoría de los casos no sea todo lo exhaustiva que hubiésemos deseado –lógicamente las estructuras y niveles arqueológicos descubiertos responden tan sólo a una breve muestra del rico patrimonio que se adivina bajo la superficie– y haya de tenerse en cuenta su carácter provisional, dejando para el futuro numerosos interrogantes por resolver.

Así, el asentamiento de época medieval de El Cerro del Castillo es muy poco conocido a partir del registro arqueológico; tan sólo en una de las intervenciones que se han llevado a cabo en la ladera suroeste de esa lengua de páramo, en un sec-

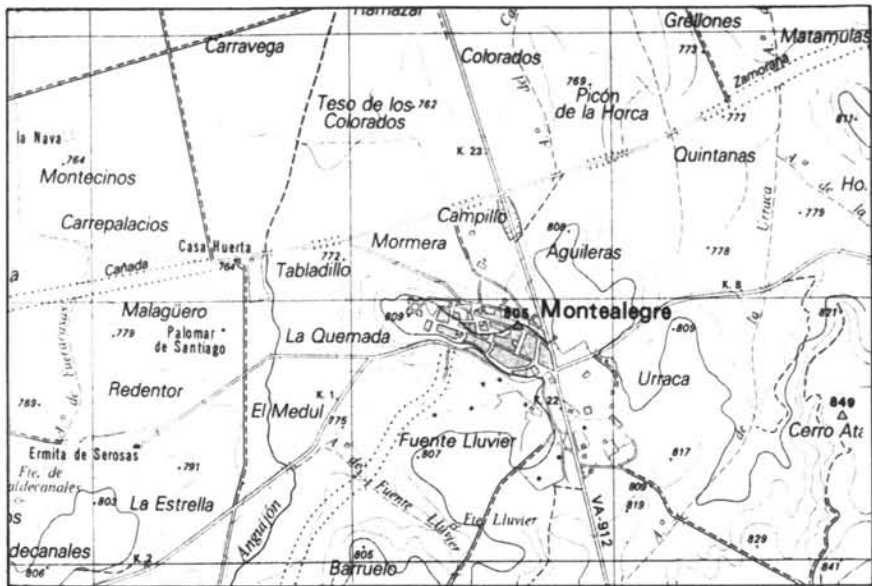


Fig. 1. Localización geográfica del término municipal de Montealegre en la hoja 310-IV (Villalba de los Alcores) del M.T.N., escala 1:25.000, edición de 1985, vuelo fotogramétrico 1975.

tor denominado La Quemada, y como evidencia más significativa en relación con este periodo histórico, se documentó inmediatamente por encima de los niveles arqueológicos pertenecientes a la primera Edad del Hierro, parte de una habitación rectangular construida con piedras calizas (lám. I, 1), hallazgo que posibilita un somero conocimiento acerca del tipo de arquitectura doméstica de la ocupación medieval.

Junto a esta posible vivienda, en el entorno del mencionado espigón se conservan numerosos restos de estructuras similares a la anterior, que se pueden observar a simple vista sobre la superficie del yacimiento; la mayor parte de estos vestigios, pertenecientes sin duda a la época medieval, se encuentran erosionados en mayor o menor medida al constituir el primer nivel arqueológico del yacimiento, acusando más que ningún otro la acción erosiva de los agentes naturales, especialmente del agua. Este problema se ve reflejado de manera particular en el desmantelamiento de algunas de las estructuras que se encuentran no sólo en la ladera suroccidental de la lengua de páramo, sino también en la parte superior de la misma, y en la ladera noreste (lám. I, 2), otro de los sectores más dañados del yacimiento, ya que el desnivel que presentan aquí las pendientes del espigón favorece las escorrentías.

Además de estas estructuras que aparecen diseminadas por el cerro, entre los restos arqueológicos medievales documentados en La Quemada, se encuentran dos silos de características netamente diferentes; uno de ellos es de planta rectangular y está construido con cantos de cuarcita unidos con argamasa (lám. III, 1), mientras que el otro, un posible depósito subterráneo excavado en el terreno, de perfil acampanado, fue descubierto cuando un tractor hundió parte de su cuerpo superior, poniendo

al descubierto la boca o abertura del mismo. Por otra parte, en el mismo yacimiento, pero ya en un solar ubicado en el casco urbano de la propia localidad de Montealegre, y tras un infortunado incidente ocurrido con las obras de desescombro del mencionado solar, también se hallaron cuatro silos o graneros subterráneos similares al depósito de La Quemada dañado por el tractor (lám. II, 1).

Desde esta perspectiva y al igual que sucede con las etapas prehistóricas, la época medieval no cuenta con una estratigrafía fiable porque las evidencias medievales registradas arqueológicamente en La Quemada se reducen a la excavación de un sector de escasas dimensiones, y a ello habría que añadir el que los niveles donde se localizaron las estructuras pertenecientes a esta época se encontraban removidos por la masiva deposición de tierra y escombros o desechos, como fragmentos de tejas y de otros materiales cerámicos, hecho favorecido además por el continuo arrastre a que se ven sometidos, provocado por las abruptas pendientes del cerro.

Por todo ello, en las breves páginas que siguen a continuación nos limitaremos a una somera descripción e interpretación de los hallazgos que han tenido lugar en La Quemada relacionados con esta ocupación medieval, sin que por el momento, y hasta el desarrollo de nuevas intervenciones podamos ampliar la perspectiva conocida para esta etapa histórica, en un territorio, que dada su ubicación, al norte del Duero, y a caballo entre las llanuras tierracampinas y la paramera de los Montes Torozos, tuvo que estar necesariamente vinculada a los procesos de conquista y repoblación que jalonaron esta zona de la Península a partir del siglo IX pero cuya ocupación y colonización no se harían definitivas hasta el siglo XI.

1. ARQUITECTURA DOMÉSTICA MEDIEVAL

Numerosos vestigios de estructuras medievales identificadas en principio como viviendas han sido documentados en prospección en El Cerro del Castillo, encontrándose la mayor parte de ellas en un avanzado estado de deterioro a consecuencia de la misma erosión que se encargó de descubrirlas. Únicamente durante la campaña de excavaciones de 1990, el hallazgo de una de estas estructuras, mejor conservada (lám. I, 1), permitió realizar la descripción de las mismas.

1.1. Morfología

El desarrollo de los trabajos de esta intervención implicaba una valoración de conjunto de la estratigrafía del yacimiento. Por este motivo, y a pesar de la aparición de dos de los lados que configuraban la esquina de una habitación rectangular—muy posiblemente se conserva un tercer muro paralelo al lado largo de la estructura—, no se realizó una ampliación de la campaña para terminar de excavar la totalidad de los restos conservados, pese a lo cual, y dada su sencillez, parece estar bien definida.

La habitación perteneciente al asentamiento medieval se localizó en la ladera suroeste de El Cerro del Castillo, inmediatamente por encima de los niveles arqueológicos identificados con la Primera Edad del Hierro y en una zona próxima al hallazgo de las casas circulares del asentamiento vacceo. Esta vivienda de planta rectangular, y construida en piedra caliza, forma parte de un tipo de hábitat muy

común en el mundo rural desde principios de la Edad Media; en cuanto a su morfología pueden destacarse los siguientes aspectos:

MUROS

El único material constructivo empleado que se conserva es la piedra caliza, de diferentes dimensiones, dependiendo del lugar donde están colocadas; éstas aparecen sin desbatar, es decir, no se encuentran labradas ni en su cara externa ni en la interna, por lo que el aspecto de esta habitación es muy tosco y de una austeridad absoluta. Tampoco se han conservado en las paredes muestras de un posible enlucido o encalado, aunque sí hay entre el material arqueológico recogido en los niveles pertenecientes al interior de la vivienda, restos de cal o yeso en muy pequeñas proporciones, mezclados con arcilla, que conservan la impronta de palos o quizá piedras, sugiriendo la existencia de un revoque o revestimiento de estos materiales únicamente en la pared interna de la estructura. No obstante, restos de barro cocido fueron hallados, en escasas proporciones al exterior de la vivienda, por lo que no hay que descartar el uso de la arcilla, bien como tapial o como adobe, en la construcción de la parte superior de las paredes.

Respecto a la estructura del muro, este aparece configurado por dos filas verticales de piedras calizas de diferentes proporciones, aunque predomina un tamaño medio, dispuestas en hileras horizontales, colocadas de manera algo irregular en la pared interna, ofreciendo un aspecto poco cuidado, mientras que en la parte externa las hileras dan una sensación de mayor estabilidad; la unión entre cada hilada es sumamente sencilla pues las piedras aparecen encajadas unas sobre otras, colocadas en seco. La caja que estas dos filas de piedras han delimitado cuenta además con un relleno de tierra y numerosas piedras, también calizas, de un tamaño más reducido, dispuestas aleatoriamente en el interior, dando un aspecto de cierta compacidad al conjunto.

Las paredes construidas de esta forma tienen un grosor homogéneo que alcanza el metro en determinadas zonas, y conserva un alzado de aproximadamente unos 0.75 m ó 0.80 m en el lado de mayor altura. Por último hay que destacar la presencia de un contrafuerte o pequeño muro, de unos 0.70 m de anchura, apenas visible en la cuadrícula trazada, cuya estructura podría ser similar a la de la construcción rectangular, y que se localiza al exterior del único lado corto de la habitación excavada, muy cerca de una de las esquinas de la misma; respecto a este posible contrafuerte no pueden realizarse más consideraciones o una interpretación más exhaustiva, ya que el desarrollo de la excavación no contempló su estudio.

Esta habitación rectangular no parece contar con una cimentación específica para asegurar el alzado de las paredes; no existe una zanja que rebase los límites del muro, sino que éste parece perfectamente encajado en aquélla que evidentemente tuvo que excavar para la realización de la obra, y tampoco cuenta con una base de apoyo determinada que ayudase a la sujeción de los muros, por lo que el desarrollo de las paredes, tanto la externa como la interna, es perfectamente lineal desde la primera hilera colocada.

PAVIMENTO

El suelo conservado de la vivienda medieval no llega a cubrir toda la superficie interna de la estructura al haber desaparecido a consecuencia de la erosión y por

la escasa perdurabilidad del material empleado. Este pavimento tiene un color anaranjado y está formado por una mezcla de barro y arenisca triturada, de gran consistencia, mezcla que ha sido prensada y apisonada buscando la horizontalidad en el desnivel de la ladera del cerro; por este motivo es muy irregular en cuanto al grosor ya que en algunas zonas se hacía necesario cubrir un espacio en profundidad mayor que en otras. No se documentó ningún material arqueológico sobre el mismo, aunque sí presentaba la inclusión de piedras calizas de pequeño tamaño, posiblemente desplazadas, que no llegaban a formar una estructura predeterminada.

Inmediatamente debajo de este pavimento de tonalidad anaranjada, se delimitó lo que podría ser considerado como el preparado del suelo, formado por una tierra de textura arcillosa mezclada con arena y con algunas intrusiones de piedras calizas y cantos rodados de pequeño tamaño, preparado que se hacía más difícil de identificar conforme avanzaba hacia la caída de la ladera, debido a que la erosión indudablemente había alcanzado mayores proporciones en este sector de la vivienda.

CUBIERTA

Existe gran dificultad a la hora de establecer una hipótesis para la cubrición de esta habitación medieval debido a que los restos del alzado conservados apenas alcanzan los 0.80 m. Puede suponerse un tipo de cubierta sencilla al corresponder a un edificio de planta rectangular, que además contaba con la posibilidad de utilizar cualquier tipo de material por pesado que éste fuese, gracias a la solidez de sus muros; por otra parte, y dada la localización de esta casa (en una pendiente del cerro), cuya construcción tuvo que adaptarse a la abrupta orografía del terreno, pudo aprovecharse de esta circunstancia en la cubrición, tanto para la recogida de agua de lluvia como para alejarla lo más posible de la entrada de la misma.

En cuanto a los materiales arqueológicos documentados en relación con la cubierta hay que destacar el abundante número de fragmentos de tejas curvas, algunas prácticamente enteras, localizados tanto en el interior como en el exterior de la vivienda entre los niveles de destrucción de la misma; junto a ellas, y formando parte de los escombros, también se descubrieron diversas piedras calizas de grandes dimensiones, toscamente escuadradas, quizá correspondientes al dintel de alguna puerta o ventana; el resto de materiales empleados en la cubrición de este tipo de estructuras –ramas o vigas de madera–, no suele dejar evidencias.

1.2. Prospecciones

Las diversas prospecciones llevadas a cabo sobre el yacimiento han puesto de relieve las numerosas agresiones que las evidencias materiales de época medieval, más próximas a la superficie y por lo tanto las primeras que se ven afectadas por el paso del tiempo, han recibido debido a las características geográficas de El Cerro del Castillo, cuyas pendientes y desniveles, muy acusados, favorecen la erosión producida por las escorrentías en época de lluvia, como ya se ha mencionado. Otras veces el deterioro de los vestigios arqueológicos visibles ha sido consecuencia de su localización en una zona utilizada como lugar de paso de la extensa cabaña ovina existente en la localidad hacia los terrenos de pastos.

De esta forma, los restos que han llegado hasta nosotros constituyen únicamente muros sueltos o en el mejor de los casos alguna esquina de un edificio, ejem-

plos que no pueden aportar nuevos datos acerca de la arquitectura doméstica. Las tres o cuatro estructuras que con toda probabilidad corresponden a la época medieval están construidas en piedra caliza, y en aquéllas que se puede adivinar su planta, ésta presenta la característica forma rectangular, es decir igual a la habitación excavada durante la campaña de 1990 descrita anteriormente. En un único caso, la esquina de una habitación localizada en un sector de la lengua de páramo opuesto a La Quemada, se conservaban restos del pavimento –arcilla y arenisca trituradas–, que tampoco ofrecía diferencias apreciables respecto al suelo de la vivienda ya comentada (lám. I, 2).

Respecto al tamaño de estas estructuras se hace difícil establecer las proporciones adecuadas ya que ninguna mantiene unidos más de dos muros, que además se presentan incompletos; en cuanto a éstos, de una anchura en torno a 0.50 m por norma general, aparecen configurados prácticamente en su totalidad por dos hileras de piedras calizas sin que se aprecie una separación evidente entre ellas, al contrario de lo que sucedía con las paredes de la vivienda excavada, lo que constituye la única diferencia que merece la pena destacar de este heterogéneo conjunto.

2. LOS SILOS MEDIEVALES EN EL CERRO DEL CASTILLO

2.1. La Calle Santa María, 38 (lám. II, 1)

Los silos o depósitos para almacenar grano se corresponden con una serie de construcciones excavadas en el terreno que fueron localizadas a partir del seguimiento arqueológico de unas obras de desescombro llevadas a cabo en el solar n.º 38 de la calle Sta. María, durante el mes de septiembre de 1991 en una intervención de urgencia ante la imposibilidad de realizar una serie de trabajos más completos debido a la falta de tiempo. La intervención de una pala mecánica sin previo aviso y trabajando con rapidez dañó de forma irreparable los silos presentes en el solar por lo que el objetivo de esta intervención, en un principio documentar y preservar los restos arqueológicos, sólo se vio parcialmente cumplido.

El solar se encuentra en pleno casco urbano de Montealegre, en una de las zonas más elevadas de la localidad, y situada, al igual que el resto de las estructuras anteriormente descritas, en la misma lengua de terreno perteneciente al páramo de Torozos, cuya superficie aparece coronada por un banco de calizas pontienses y por unos suelos arcillosos ricos en carbonato cálcico, cuya característica principal es su escasa permeabilidad. Estos suelos arcillosos dispuestos sobre la cima del páramo proporcionarían el medio adecuado para la excavación de graneros donde conservar perfectamente el cereal.

Los únicos restos arqueológicos documentados en esta parte del yacimiento, de los que se tenga constancia, se concretan en cuatro silos o graneros, ya que las condiciones del terreno y la construcción de viviendas contemporáneas no han permitido la conservación de otras evidencias arqueológicas al situarse el nivel geológico a escasos centímetros de la superficie del cerro. Los silos destruidos aparecen más o menos alineados, resultando menos dañado aquel granero situado más hacia

el este, cercano a la fachada de la iglesia de Santa María, erigida a escasos metros de los silos, y en mayor medida el depósito más alejado de la misma. Resultó imposible averiguar si en el resto del solar –completamente vaciado incluso por debajo de la base de los silos descubiertos– existieron más estructuras iguales a las halladas, ya que no quedó ningún rastro que pudiera ponerlas de relieve.

Estos cuatro depósitos tienen una estructura y dimensiones similares, con un tamaño considerable –más de dos metros de altura y en torno al metro y medio de diámetro en la base– y se encuentran parcialmente excavados en la tierra virgen, en la que se pueden diferenciar dos niveles, al menos atendiendo al color de aquélla, uno de tonalidad amarillenta en la parte superior y otro grisáceo por debajo de éste, pero ambos de igual textura. Aunque todos ellos se encuentran perfectamente individualizados, da la impresión que tres de estos graneros debieron de estar agrupados dado el escaso margen de separación que existe entre los mismos, y la mayor distancia que les separa del silo restante. Aparecieron vacíos y con la boca cubierta mediante piedras planas al estar ya amortizados; sólo una capa de tierra de textura fina y suelta, de color gris claro, que no sobrepasaba en altura un tercio de la capacidad de los silos, y completamente carente de material arqueológico, quedaba como testimonio de su contenido. La ausencia de evidencias materiales en el interior estos graneros es un aspecto muy común en gran parte de las estructuras de este tipo repartidas por el territorio español, pues cuando se decidía abandonar su uso, acababan con la abertura completamente cegada para acondicionar el terreno circundante y poder edificar sobre ellos.

La aparición de graneros subterráneos pertenecientes al periodo medieval de la ocupación de El Cerro del Castillo evidencia algunos aspectos de cierta relevancia en cuanto a las formas de vida, situación económica y recursos disponibles por parte de esta población. El sistema de almacenar y preservar los excedentes de la producción cerealística en silos bajo tierra suponía un gran avance en cuanto a la conservación de los granos de cereal, que podían durar aproximadamente cincuenta años sin que sus propiedades alimenticias se viesen alteradas; la atmósfera creada en el interior de estos graneros, excavados en lugares poco permeables –la humedad sería mínima–, y donde no podía penetrar el aire, se transformaba en ácido carbónico e impedía sobrevivir a los insectos causantes de la destrucción del grano (Billiard, 1928, citado por López Pardo, 1981: 245).

Aunque los silos descubiertos en el solar de la calle Sta. María ofrecen algunas diferencias en cuanto a su morfología, perfiles y capacidad, sí que pueden encontrarse rasgos generales que les describen, teniendo en cuenta que debido a las peculiaridades de la intervención, éstos aparecen descritos desde el interior, sin que fuese posible observar el aspecto externo de su entrada, cuyo cierre o cubrición no llegó a ser alterado.

En primer lugar, todos ellos aparecen excavados en un terreno absolutamente impermeable debido a las condiciones edafológicas de los Montes de Torozos ya señaladas, por lo que ninguno necesitó recubrir las paredes con materiales que impidiesen las filtraciones de agua. Este hecho condicionó además el tipo de base de los silos –un fondo plano–, lo que les hace ganar en capacidad, frente a aquéllos de fondo cóncavo, cuyo fin es evitar el posible deterioro de una parte considerable del cereal acumulado ante esporádicas filtraciones.

En segundo lugar, la abertura de los depósitos es de forma circular, bien delimitada, de un tamaño relativamente estrecho para permitir el paso de un hombre, y está practicada por encima de la tierra virgen, por lo que el cuerpo superior aparece protegido mediante piedras calizas de diferentes tamaños con el fin de evitar su desmoronamiento (lám. II, 2). Sobre estas piedras posiblemente se apoyan losas planas, sirviendo de tapadera o cierre al silo; debido a las características del hallazgo no fue posible precisar el tamaño de estas losas, ya que rebasaba en todos los casos la boca del depósito, ni tampoco fue posible apreciar si existían perforaciones o asas que facilitasen su manipulación.

Aunque existen leves diferencias en cuanto a la forma, puede decirse que los cuatro silos presentan un perfil acampanado o hemisférico, siendo mayor el diámetro en la base, de planta circular, estrechándose a medida que se elevan, para acabar abovedados en su parte superior. El suelo de estos depósitos, como ya se ha señalado, es completamente plano.

En los cuatro silos sin embargo, pueden apreciarse algunas características particulares que les diferencian. Con el fin de evitar repeticiones, seguiremos sus descripciones numerando los silos según su disposición de este a oeste, en función de su proximidad a la fachada de la iglesia de Santa María, de forma que el n.º 1 corresponde al más cercano a la misma, y así sucesivamente (en la lám. II, 1 aparecen ordenados de izquierda a derecha).

El silo n.º 1 es el que mejor y más completo se ha conservado dada su posición con respecto al eje del solar desescombrado. Su perfil es hemisférico, y en la parte superior, configurando la boca del depósito, existen hasta tres hileras de piedras calizas de dimensiones muy variables que sólo se aprecian parcialmente, aunque las únicas que parecen tener verdadera consistencia son aquéllas que sirven de soporte a la tapadera, mientras que el resto constituyen el apoyo y la sujeción en un terreno que no ofrecía la seguridad de los niveles arcillosos, y que por lo tanto necesitaba de las mismas para evitar la destrucción de la boca del granero.

El silo n.º 2, el único que presenta un perfil más bien piriforme, parece ser el más profundo de los depósitos hallados; cuenta también con una serie de piedras calizas colocadas en una única hilera para soportar la losa plana que cubre la boca del silo. Están dispuestas de tal forma que configuran un anillo prácticamente regular a pesar de la grieta que muestra una de ellas. Tampoco se pueden apreciar sus verdaderas dimensiones, aunque parecen mayores que las del silo descrito anteriormente. La base plana contemplaba en un reducido sector una pequeña falla junto a la pared del mismo, defecto que se había subsanado cubriendo el hueco mediante un conglomerado de arcilla limpia y de tonalidad anaranjada, y de pequeños bloques de greda que servían de cuña.

El silo n.º 3, de sección circular, tiene unas paredes algo irregulares, ya que una de ellas –situada junto al depósito que le precede–, no mantiene la característica forma globular, sino que más bien parece seguir un perfil recto, como precaución para no afectar al silo anterior. Por lo demás, tampoco ofrece particularidades significativas en cuanto al tipo de cierre, muy similar al del silo n.º 2, aunque la tapadera de piedra caliza parece ligeramente desplazada de su posición original al no ajustarse perfectamente a la boca del depósito (lám. II, 2).

En cuanto al silo n.º 4, probablemente el depósito de mayor capacidad, aparece claramente distanciado de los otros tres, sin que se aprecie una causa evidente que justifique su localización. De perfil hemisférico, su realización ha sido perfecta, no existiendo ningún fallo en su construcción; la hilera de piedras calizas que soporta la cubierta es algo irregular, pero muy similar a la de los silos 2 y 3.

Ninguno de estos depósitos subterráneos pudo ser protegido o consolidado, ya que amenazaban con provocar el hundimiento de una parte del pavimento de la calle Santa María. En un principio se hizo necesario sujetar los bloques de la calzada en aquella zona bajo la cual se encontraban los silos, y de esta forma evitar con su caída el desmoronamiento de al menos tres de los depósitos. Al finalizar las obras estos graneros quedaron parcialmente rellenos con piedras calizas para acabar inundados mediante el hormigón armado que configuraba la cimentación de la nueva vivienda edificada en el solar.

2.2. La Quemada

La aparición en el casco urbano de Montealegre de este tipo de depósitos subterráneos para el almacenamiento del cereal no es única en el yacimiento: en la ladera suroeste del cerro, en una zona de labor próxima al lugar donde se desarrollaron las intervenciones arqueológicas en los tres años sucesivos, y mientras se llevaba a cabo una prospección, se localizó un silo de las mismas características a los descubiertos en el solar de la calle Santa María; un tractor, de manera fortuita, había hundido con una de sus ruedas traseras parte del cuerpo superior de este depósito, poniendo al descubierto un pequeño espacio abovedado que presentaba una abertura circular y estrecha a través de la cual únicamente pudo percibirse un amontonamiento de piedras calizas de pequeño tamaño depositadas en el fondo del mismo, y que muy posiblemente respondiese a una reciente acumulación llevada a cabo con el objeto de evitar que el silo se desplomase completamente.

Por otra parte, y en la misma ladera suroccidental del espigón de páramo, en una zona baja del mismo, próxima a la carretera, se documentó durante la intervención arqueológica de 1989 una estructura que podía haber cumplido con la misma finalidad de almacenamiento de cereal, aunque presenta una configuración claramente diferenciada de los graneros subterráneos de perfil acampanado que parecen corresponder al tipo de silo más común en el yacimiento. Esta estructura (lám. III, 1), que no se conserva en su totalidad, apareció muy dañada a consecuencia de la acción erosiva, motivo por el cual también se encontraba semienterrada, sin que exista posibilidad de averiguar su caracterización original. De forma rectangular y con las esquinas redondeadas, estrechándose ligeramente hacia la base, presenta unas dimensiones aproximadas de 0.90 m de anchura y 1.25 m de longitud, desconociéndose su altura original (actualmente conserva cerca del medio metro), y el cierre de la misma en el caso de que existiese.

El núcleo principal de las paredes de este depósito lo constituyen una serie de pequeños cantos de cuarcita unidos entre sí mediante argamasa de cal, ofreciendo una gran consistencia interna, conservándose en algunas zonas de la pared menos deteriorada una gruesa capa de cal aplicada sobre los mismos. Tanto la cara interna de este murete de cantos, como la externa, presentan un mantado de gravilla mezclada con cal, conformando un revoque homogéneo y muy consistente, enlucido

que en el interior se encuentra perfectamente alisado y sirve igualmente de suelo de la estructura, presentando una superficie abarquillada, y cuya función podría haber sido el aislamiento de la humedad.

En el exterior de la estructura sólo se conserva parte de este mantenido en uno de los extremos largos que mejor ha resistido la acción erosiva de los agentes naturales y el paso del ganado, con la particularidad de extenderse hacia el exterior de la misma, configurando una especie de superficie horizontal, sin que pueda apreciarse ninguna ruptura con el revoque vertical aplicado a la pared externa del depósito; el hecho de no haber documentado este posible pavimento alrededor de la estructura puede deberse al mal estado general de conservación que presentan el resto de las paredes al exterior, donde ni siquiera se ha podido rescatar el enlucido aplicado al núcleo de los cantos de cuarcita.

A pesar de encontrarse el depósito completamente colmatado con material arqueológico de diversa índole, no pudo precisarse su cronología, dado que este relleno responde evidentemente al continuo proceso de erosión al que se ha visto sometido. Su identificación con un silo o granero de época medieval podría alterarse en posteriores intervenciones, más exhaustivas o concluyentes; por otra parte, al ceñirse la excavación de 1989 en este sector del cerro a la única estructura visible, no pudo comprobarse si este posible silo estaba integrado en un conjunto más amplio o si por el contrario responde a la única evidencia con estas características.

3. EL MATERIAL CERÁMICO

Todo el material cerámico de época medieval procede de los niveles superiores de la zona del espigón conocida como La Quemada; por su mayor abundancia y significación nos hemos centrado en aquellas producciones, en su mayoría fragmentos, rescatadas durante la campaña de 1990 en los estratos que podían haber tenido una relación más o menos directa con la estructura de planta rectangular realizada en piedra caliza descrita en primer lugar. Para su caracterización tipológica, meramente convencional, se han seguido los diversos estudios recogidos en la obra colectiva de José Avelino Gutiérrez y Ramón Bohigas (Gutiérrez y Bohigas, 1989).

No quiero dejar de mencionar una de las principales limitaciones impuesta a nuestro breve trabajo, como es el hecho de que ninguno de los niveles donde se recuperaron restos de producciones cerámicas realizadas a torno pertenecientes a la época medieval se conservase intacto; la fuerte erosión, remociones de tierra posteriores, u otros procesos postdeposicionales han alterado de forma notable estos estratos, mezclando fragmentos de cerámica de muy variada tipología, característicos de las diferentes ocupaciones asentadas sobre la lengua de páramo, por lo que no es extraño comprobar que en un mismo nivel existan restos de producciones realizadas a mano propias de la Primera Edad del Hierro así como fragmentos de las típicas vasijas de cerámica pintada celtibérica o de otro tipo, a veces en una proporción similar a la cerámica a torno medieval.

Este hecho, junto con la constatación de una muestra excesivamente fragmentaria –son escasas las piezas de cerámica en las que se puede adivinar su perfil completo desde el borde hasta la base–, han condicionado el estudio del mate-

rial cerámico medieval documentado en El Cerro del Castillo/La Quemada, limitado en unos breves apuntes a la exposición del tipo de pasta, las cocciones empleadas, la descripción de las formas más significativas, así como de las técnicas decorativas cuya presencia en Montealegre esté plenamente confirmada, esperando que en un futuro próximo nuevas intervenciones puedan descubrir niveles arqueológicos de época medieval completamente intactos y su excavación permita un estudio del material arqueológico desde otra perspectiva más interesante, a la vez que contribuya a conocer un poco más en profundidad la vida de este poblado durante la Edad Media.

Prácticamente la totalidad de la muestra recuperada corresponde a producciones de buena factura que por lo general se encuentran poco desgastadas y presentan en su mayoría pastas de tonalidad anaranjada o rojiza (el tipo de cocción más común es la oxidante), con finos desgrasantes calizos o cuarcíticos, mientras que las vasijas de pastas pardas o grisáceas aparecen en menores proporciones.

Respecto a las formas hay que destacar la presencia de vasijas de almacenamiento glogulares u ovoides, ollas, orzas, o tinajas de grandes dimensiones y perfil en "S" que generalmente desarrollan un cuello cilíndrico. A este tipo de vasijas corresponde un cántaro que apareció completo aunque muy fragmentado en el exterior de la estructura de piedra rectangular; esta vasija, de base ligeramente rehundida, cuerpo globular, cuello cilíndrico, boca ensanchada, borde exvasado con una pequeña ranura quizá con la función de recibir una tapadera, y que se encontraba decorada bajo el cuello mediante una línea incisa de ondas y una franja de surcos (fig. 2, n.º 1), apareció en el momento de su hallazgo rellena de cal (lám. III, 2).

También parecen ser abundantes en el yacimiento las jarras de cuerpo globular, y de diferentes tamaños y tipos, con el cuello cilíndrico, alto, de paredes sinuosas, moldurado, etc. (fig. 2, n.º 2, 4 y 6) existiendo entre las producciones recuperadas algún fragmento de piqueta. Uno de los ejemplares mejor conservado se corresponde con la parte superior de una posible jarra que aún maniene restos de engobe rojo al exterior, tiene un cuello cilíndrico que presenta una pequeña moldura, un borde ligeramente reentrante de labio plano, y un asa de cinta que arranca desde el cuello, decorada mediante tres líneas de puntos incisos (fig. 3, n.º 1).

Otras formas que parecen repetirse con cierta frecuencia en los niveles medievales de El Cerro del Castillo son los platos y los cuencos o escudillas, por lo general de perfiles abiertos y forma troncocónica (fig. 2, n.º 5; fig. 3, n.º 9). Por último también habría que destacar la presencia de algunas tapaderas de borde exvasado que conservan un apéndice en el centro. Junto a estas producciones, la muestra incluye además numerosos fragmentos de vasijas de diferentes tamaños y naturaleza indeterminada, entre los que se encuentran ejemplos de bordes moldurados, biselados, exvasados, doblados hacia la horizontal, etc (fig. 2, n.º 3).

Entre los elementos de suspensión hallados hay que mencionar los numerosos fragmentos de asas de diferentes tipos (fig. 3, n.º 2-8), aunque predominan las de cinta sobre aquellas de sección circular u oval; entre las primeras, la mayoría cuenta con una nervadura central y algunas, como ya se ha visto en la descripción de la jarra, se encuentran decoradas con impresiones de puntos. Otros elementos de suspensión presentes en el yacimiento son los mamelones, aunque en escasa proporción.

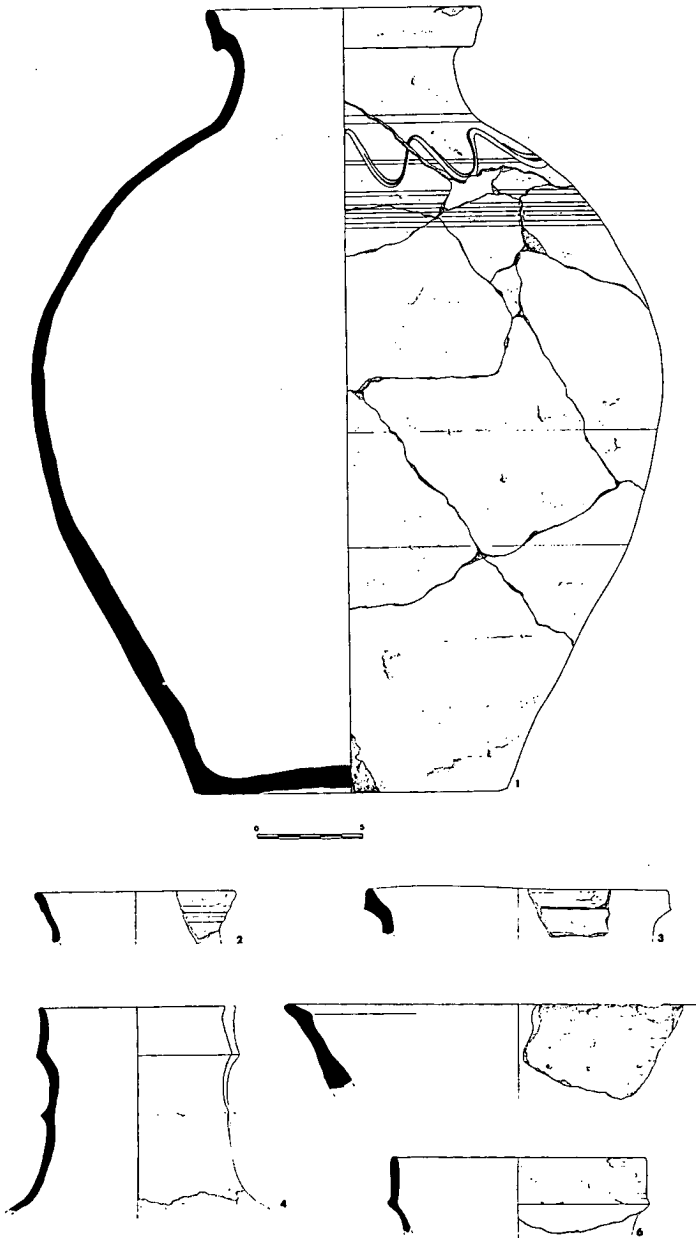


Fig. 2. Diversas producciones de cerámica de época medieval procedentes de los niveles superficiales de la ladera suroccidental (La Quemada) del yacimiento de El Cerro del Castillo. Dibujos realizados por Eduardo Cristóbal Villanueva.

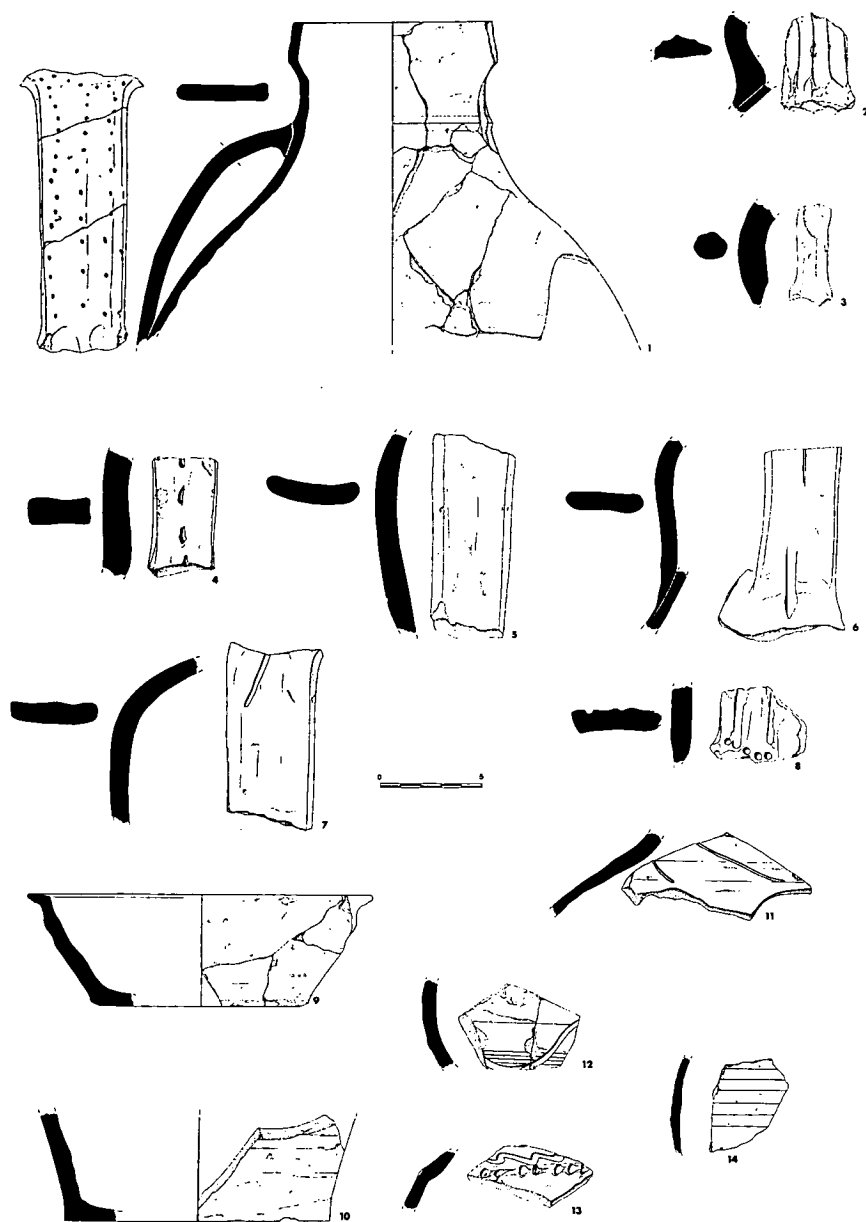


Fig. 3. Diversas producciones de cerámica de época medieval procedentes de los niveles superficiales de la ladera suroccidental (La Quemada) del yacimiento de El Cerro del Castillo. Dibujos realizados por Eduardo Cristóbal Villanueva.

En cuanto a los fondos de las vasijas, prácticamente la totalidad se identifica con bases planas (fig. 3, n.º 9 y 10), existiendo también algunos ejemplares con el fondo ligeramente rehundido, y más escasos todavía, aquéllos que cuentan con un umbo.

La técnica decorativa que se aprecia en las producciones medievales de El Cerro del Castillo es muy parecida a la de yacimientos de características similares: son muy abundantes los motivos de estrías (que quizá habría que considerar sólo como líneas de torneado al exterior), y sobre todo surcos y acanaladuras que confieren a las vasijas un perfil sinuoso (fig. 2, n.º 2; fig. 3, n.º 14); otros motivos presentes entre estas producciones son los baquetones, las líneas incisas rectas o formando ondas (fig. 3, n.º 11-13) y los puntos impresos en las asas (fig. 3, n.º 1, 4 y 8). Hay que destacar finalmente el hecho de que algunas vasijas conserven restos de un engobe rojo, y en menor medida parduzco.

En definitiva, se trata de un lote de producciones de cerámica poco significativo desde el punto de vista arqueológico, y difícil de caracterizar de forma precisa debido a la simplicidad y sencillez de las formas documentadas. Un yacimiento con producciones a torno similares y prácticamente con los mismos motivos decorativos, el del testar de la calle Olleros de Valladolid, ha sido fechado en torno a los siglos XIII y XIV (Moreda *et alii*, 1986: 461): excavaciones más recientes en torno a los hornos y el testar localizados cerca de esta calle, en el solar n.º 23 de la calle Duque de la Victoria de Valladolid han permitido sugerir una cronología para este tipo de producciones que no rebasaría nunca el siglo XIV (Moratinos y Santamaría, 1991: 183).

CONSIDERACIONES FINALES

Aunque el asentamiento medieval en el sitio de Montealegre está plenamente representado, no sólo a partir del registro arqueológico de los restos que aparecen diseminados sobre la superficie de El Cerro del Castillo, prácticamente arrasados a consecuencia de la erosión, sino también por la huella más evidente del castillo que ocupa el extremo septentrional del espigón de páramo o de las casas monumentales o palaciegas realizadas en piedra que hablan de su rico pasado histórico, el conocimiento que poseemos acerca de este yacimiento es aún muy limitado, ya que las excavaciones arqueológicas sólo han aportado escasos vestigios materiales para conocer o poder explicar de un modo muy parcial las condiciones de vida, los recursos disponibles, la situación económica, el desarrollo urbano y su distribución interna (edificios, muralla, torres, calles, etc.) u otros aspectos relacionados con esta ocupación. La importancia de la misma viene avalada precisamente por la presencia de ese castillo de grandes dimensiones, posiblemente edificado en torno a los siglos XII o XIII, y que posteriormente, desde finales del siglo XIV, sería restaurado, mejorado y ampliado, cumpliendo en la actualidad la función de granero oficial, quizá gracias a lo cual haya podido ser preservado de la ruina que aqueja a otras fortificaciones similares dispersas por la comarca de Tierra de Campos.

La existencia de un castillo en un determinado poblado durante la época medieval, en torno al cual se organizaría un núcleo de población en busca de protección (siempre y cuando no sea entendido como una manifestación de poder del

señor del territorio, sin más connotaciones), no se debe considerar como un hecho específico de la localidad en la cual se haya, sino que cada castillo o fortaleza formaba parte de un sistema de defensa coordinado con otras localidades cercanas, entre las cuales existirían indudables vínculos de unión (Riu, 1986: 434-435); para el caso de la región donde está ubicado Montealegre, en la etapa medieval o cuando menos durante algún periodo de tiempo muy concreto de ésta, tendríamos como ejemplo de esa red integrada de defensa junto al castillo de la propia localidad de Montealegre, el de la cercana de Villalba de los Alcores, la fortaleza excavada en el yacimiento de Fuenteungrillo, situado también en el término municipal de este último pueblo, o la de la localidad palentina de Belmonte de Campos, conjunto que quizá debiera ampliarse con algunos ejemplos más. A estos tres núcleos de población medieval cercanos a Montealegre habría que añadir al menos otros tres, igualmente muy próximos al mismo, los de Medina de Rioseco y el de Valdenebro de los Valles, y el conocido como despoblado de Santa Coloma (Palol y Wattenberg, 1974: 214; Valdeón y Sáez, 1983: 52). Además, no muy alejadas de esta zona ocupada durante la época medieval quedaban otras localidades y castillos: Tordehumos, Uruña, Villagarcía de Campos, Trigueros del Valle, etc. todos ellos situados actualmente en la provincia de Valladolid, o los palentinos de Torremormojón y Ampudia.

Respecto a la vivienda o estructura documentada a partir de la intervención arqueológica, en realidad una habitación de planta rectangular, hay que significar que no es posible fechar su construcción ni evidentemente la de la ocupación del asentamiento medieval al no poder establecerse una valoración cronológica a partir de la misma, ya que este tipo de viviendas elementales realizadas en piedra caliza constituyen una forma de hábitat muy difundida en los medios rurales desde principios de la Edad Media. Por otra parte, y aún cuando la misma ha sido identificada como un posible ejemplo de estructura doméstica, la diferencia en cuanto al grosor de sus muros en relación con el resto de estructuras medievales dispersas por toda la superficie del cerro, hace que no pueda descartarse su función como una torre, parte de una posible cerca integrante de un sistema defensivo o algún edificio singular, hipótesis que deberá ser contrastada en futuras intervenciones.

Los diversos depósitos subterráneos empleados en origen para almacenar el cereal descubiertos en Montealegre constituyen otra interesante muestra del asentamiento que ocupaba esta localidad durante la etapa medieval. Estos silos o graneros están relacionados evidentemente con las disponibilidades económicas de la época; la conservación y almacenaje de los excedentes de producción cerealística nos hablan de la importancia y desarrollo alcanzado durante la Edad Media por la actividad agrícola, dada la fertilidad de los campos en esta zona de la provincia de Valladolid, que por otra parte tiene una larga tradición en la comarca, remontándose a la Prehistoria (Cubero, 1995; Heredero, 1995). Su abandono y amortización pueden responder a la necesidad de construir nuevas viviendas sobre los mismos, o a la creación de otro tipo de depósitos que ofreciesen más facilidades y la inmediatez a la hora de recuperar al grano almacenado.

La aparición de este tipo de depósitos no es extraña en yacimientos identificados como despoblados medievales. Los numerosos silos existentes en diferentes partes del suelo hispano –restos arqueológicos fáciles de hallar y que suelen conservarse bastante bien (los ejemplos son muy abundantes)– indica la importancia de

este tipo de depósitos estancos, cuyo uso debió ser muy frecuente en la vida cotidiana tanto en el mundo ubano como rural, en las viviendas (Sol y Adroer, 1979; Valdeón y Sáez, 1983; Pérez y Andrés, 1986; de la Casa y Doménech, 1987) como en las iglesias (Navarro y Mauri, 1986; Aguilar, 1987; Fierro-Macía y Domingo, 1987), ermitas (Reyes y Menéndez, 1985; Reyes, 1986; Nozal *et alii*, 1990) o monasterios (Arellano *et alii*, 1994), pudiéndose utilizar en los últimos ejemplos mencionados para acumular el diezmo recibido, y si el depósito tenía gran capacidad, para la custodia de la cosecha colectiva de la comunidad, en el caso de que la ermita o iglesia se perfilase como un centro religioso-económico de la misma, tal como sucede con la ermita de Santa Cruz en la localidad burgalesa de Valdezate (Reyes, 1986: 14); otros silos, localizados en contextos aislados, han sido asociados con hábitats de carácter temporal, formando parte de una cabaña o estructura similar (Pérez González *et alii*, 1990), y en otros yacimientos además de este supuesto, podrían haber tenido un origen protohistórico (López Mullor, 1986).

Así, en Montealegre, y aunque los silos siempre se encuentran integrados dentro de construcciones más generales, como ha tenido ocasión de comprobarse, ningún resto que pudiera ser identificado como una vivienda, cabaña, iglesia, ermita o algún edificio similar se ha podido descubrir asociado a estas estructuras, ni en el solar de la calle Santa María ni en la ladera suroeste de la lengua de páramo, donde las edificaciones contemporáneas y las labores agrícolas respectivamente han arrasado cualquier vestigio arqueológico que pudiera haber estado vinculado con ellos.

La configuración de viviendas del citado despoblado medieval de Fuenteungrillo, situado a unos seis kilómetros de Montealegre, construidas con muros formados a partir de hiladas paralelas de piedras calizas de mediano tamaño, rellenas de piedras y tierra, que aparecen sin tabicar al interior, y cuya cubierta se realiza con tejas curvas, recuerda en gran medida a la gran estructura rectangular descubierta en la ladera del espigón de páramo de Montealegre. De igual manera, los silos o graneros subterráneos de planta circular y cubiertos mediante losas planas, tienen también su paralelo en Fuenteungrillo (Valdeón y Sáez, 1983).

Con esta perspectiva y dada la escasa información sobre el mundo medieval aportada por las excavaciones llevadas a cabo sobre El Cerro del Castillo, pocos datos de interés se pueden aportar al conocimiento de esta etapa histórica en el noreste de la provincia de Valladolid; las intervenciones arqueológicas sí que han servido para poner de manifiesto en este yacimiento algunas de las constantes (silos, tipología de las viviendas) que ya fueron señaladas para el asentamiento de Fuenteungrillo, cuya cronología se remonta desde los últimos años del siglo IX y primeros del siglo X, hasta que fue despoblado en las últimas décadas del siglo XIV, y que hasta el momento constituye el yacimiento de época medieval mejor conocido para esta comarca de la provincia vallisoletana, merced a las diferentes campañas de intervenciones arqueológicas realizadas, así como al estudio de los diversos testimonios escritos conservados sobre el mismo (Valdeón, 1982; Valdeón y Sáez, 1983). Aparte de las similitudes entre ambos asentamientos, por otra parte comunes a muchos núcleos medievales, nada más puede señalarse por el momento respecto a su relación, y si el posible auge de Montealegre a partir del siglo XIV, cuando su castillo es restaurado, tiene que ver con algunas de las causas que convirtieron a

Fuenteungrillo, un núcleo modesto, de unas diez hectáreas, con sesenta viviendas, y escasos recursos económicos, en un despoblado más de la Baja Edad Media, ya en los primeros años del siglo XV (Valdeón y Sáez, 1983: 54-55).

La densidad del poblado de Montealegre y su número de viviendas también nos es desconocida, aunque sin embargo contamos con las referencias de las prospecciones, a partir de las cuales se han descubierto restos de estructuras de época medieval prácticamente presentes en todos los sectores de la lengua de páramo en cuya cima se encuentra el castillo, restos de los que se podría deducir la existencia de un nutrido grupo de población, que por el momento carece de cierta comprensión en cuanto a su configuración global.

Las evidencias más fiables desde el punto de vista cronológico para establecer una primera aproximación al momento en que se desarrolló este asentamiento medieval en El Cerro del Castillo no son las escasas producciones cerámicas, que aún así parecen indicar para el yacimiento una cronología que abarca los siglos XIII al XIV, ni como hemos visto anteriormente, el tipo de construcción, muy común durante toda la Edad Media, sino el propio castillo, cuya cronología abarca un amplio periodo de tiempo, desde el siglo XII –con muchas reservas–, hasta principios del siglo XIV, y los graneros subterráneos hemisféricos de planta circular, para los que se ha establecido una época de mayor difusión entre los siglos XI y XIII (Riu, 1986: 433).

Poco más se puede añadir –hasta el desarrollo de nuevas intervenciones arqueológicas– sobre los escasos vestigios de época medieval documentados sobre el cerro, observando además que las campañas de excavación se han centrado en una pequeña superficie del espigón de páramo, y más aún si tenemos en cuenta que en este área los restos materiales medievales ocupaban una reducida proporción frente a las evidencias identificadas con la Edad del Hierro.

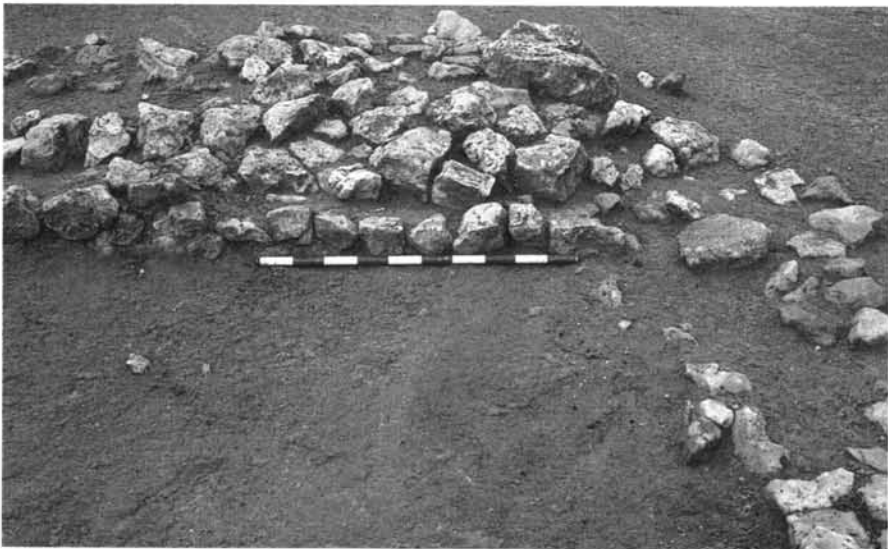
BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR I GUILLÉN, A. (1987), “Excavaciones en la Iglesia de Santa Magdalena. Pont de Vilomara i Rocafort (Barcelona)”, *II Congreso de Arqueología Medieval Española*, t. III: 259-266, Madrid.
- ARELLANO HERNÁNDEZ, O. L., BARRIO ONRUBIA, R., LERÍN SANZ, M., RUIZ DE MARCO, A., TARANCÓN GÓMEZ, M. J. y APARICIO ANDRÉS, D. (1994), “El monasterio de San Vicente de Alcozar (Soria): aproximación arqueológica a su realidad histórica”, *Numantia* 5 (1991/1992): 167-179.
- BALIL ILLANA, A. y MARTÍN VALLS, R. (Eds.) (1988), *Tessera de hospitalis de Montealegre de Campos (Valladolid). Estudio y contexto arqueológico*, Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid, 6, Valladolid.
- BILLIARD, R. (1928), *L'agriculture dans l'antiquité d'après les Georgiques de Virgile*, París.
- CASA MARTÍNEZ, C. de la y DOMÉNECH ESTEBAN, M. (1987), “Restos de hábitat en la Aljama de Agreda”, *II Congreso de Arqueología Medieval Española*, t. III: 349-356, Madrid.
- CUBERO CORPAS, C. (1995), “Estudio paleocarpológico de yacimientos del valle medio del Duero”, en Delibes de Castro, G. *et alii* (eds.) (1995): 371- 394.

- DELIBES DE CASTRO, G., WATTENBERG GARCÍA, E., ESCUDERO NAVARRO, Z. y VAL RECIO, J. M. del (coors.) (1991), *Arqueología urbana en Valladolid*, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Bienestar Social, Valladolid.
- DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F. y MORALES MUÑIZ, A. (eds.) (1995), *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio A.C. en el Duero Medio*, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo, Valladolid.
- FIERRO-MACÍA, J. y DOMINGO, R. (1987), "Excavaciones en la Iglesia de Sant Marçal de Terrassola (Torrelavit, Barcelona)", *II Congreso de Arqueología Medieval Española*, t. III: 421-428, Madrid.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A. y BOHIGAS ROLDÁN, R. (coord. y ed.) (1989): *La cerámica medieval en el Norte y Noroeste de la Península Ibérica. Aproximación a su estudio*, Universidad de León, León.
- HEREDERO GARCÍA, R. (1993), "Casas circulares y rectangulares de época vaccea en el yacimiento del Cerro del Castillo (Montealegre)", en Romero Carnicero, F. *et alii* (eds.) (1993): 279-302.
- (1994), *Intervenciones arqueológicas en El Cerro del Castillo (Montealegre, Valladolid). Campañas de 1989, 1990 y 1991*, Trabajo de investigación del Curso de Doctorado del Departamento de Prehistoria, Arqueología, Antropología Social y Ciencias y Técnicas Historiográficas de la Universidad de Valladolid (bienio 1992-1994), Valladolid.
- (1995), "Notas sobre la Edad del Hierro en el yacimiento de El Cerro del Castillo (Montealegre, Valladolid)", en Delibes de Castro, G. *et alii* (eds.) (1995): 247-269.
- LÓPEZ PARDO, F. (1981), "Siri, granaria y horrea en Hispania Citerior", *Archivo Español de Arqueología*, vol. 54: 245-254, Madrid.
- MORATINOS GARCÍA, M. y SANTAMARÍA GONZÁLEZ, J. E. (1993), "Nuevas aportaciones a la arqueología medieval vallisoletana. La excavación de los hornos y testar del solar nº 23 de la calle Duque de la Victoria", en Delibes de Castro, G. *et alii* (coors.) (1991): 151-187.
- MORÉDA BLANCO, J., NUÑO GONZÁLEZ, J. y RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, A. (1986), "El testar de la calle Olleros (Duque de la Victoria) de Valladolid", *Actas del I Congreso de Arqueología Medieval Española* (Huesca, 1985), t. V: 453-472, Zaragoza.
- NAVARRO SÁEZ, R. y MAURI I MARTÍ, A. (1986), "La excavación de un silo medieval en Santa Margarida (Martorell, Barcelona)", *Actas del I Congreso de Arqueología Medieval Española* (Huesca, 1985), t. V: 435-452, Zaragoza.
- NOZAL CALVO, M., GUERRA ARAGÓN, J.L., CRUZ PÉREZ, A. DE LA y BARCENILLA MENA, A. (1990), "Iglesia prerrománica en Villella Antigüedad (Palencia)", *Actas del II Congreso de Historia de Palencia* (1989), t. I: 509-523, Palencia.
- LÓPEZ MULLOR, A., CAIXAL, A., FIERRO, J., DOMINGO, R. y JUAN, M. (1986): "Excavaciones en la Iglesia de Santa Cándia D'Orpí (Barcelona)", *Actas del I Congreso de Arqueología Medieval Española* (Huesca, 1985), t. V: 95-109, Zaragoza.
- PALOL, P. DE y WATTENBERG, F. (1974), *Carta Arqueológica de España*. Valladolid, Valladolid.
- PÉREZ ARRONDO, C. L. y ANDRÉS VALERO, S. (1986), "El poblamiento medieval en el yacimiento arqueológico de Monte Cantabria (Logroño, La Rioja)", *Actas del I Congreso de Arqueología Medieval Española* (Huesca, 1985), t. IV: 485-505, Zaragoza.
- PÉREZ GONZÁLEZ, C., SARABIA ROGINA, P.M. e ILLARREGUI GÓMEZ, E. (1990), "Un silo medieval en Herrera de Pisuerga", *Actas del II Congreso de Historia de Palencia* (1989), t. I: 539-554, Palencia.
- REYES TÉLLEZ, F. y MENÉNDEZ ROBLES, M. L. (1985), "Excavaciones en la ermita de San Nicolás. La Sequera de Haza (Burgos)", *Noticiario Arqueológico Hispano* 26: 163-214, Madrid.

- REYES TÉLLEZ, F. (1986), "Excavaciones en la ermita de Santa Cruz (Valdezate, Burgos)", *Actas del I Congreso de Arqueología Medieval Española* (Huesca, 1985), t. V: 7-27, Zaragoza.
- RIU, M. (1986), "Estado actual de la Arqueología Medieval en los Reinos Cristianos Peninsulares", *Actas del I Congreso de Arqueología Medieval Española* (Huesca, 1985), t. IV: 425-472, Zaragoza.
- ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C. y ESCUDERO NAVARRO, Z. (eds.) (1993), *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Bienestar Social, Valladolid.
- SOL VALLÉS, J. y ADROER TESIS, A. M. (1979), "Silos medievales en la calle de San Severo, en Barcelona", *XV Congreso Nacional de Arqueología* (Lugo, 1977): 1195-1202, Zaragoza.
- VALDEÓN BARUQUE, J. (1882), "Un despoblado castellano del siglo XIV: Fuenteungrillo", *En la España Medieval III, Estudios en memoria del profesor D. Salvador de Moxó*, II: 705-716, Universidad Complutense, Madrid.
- VALDEÓN, J. y SÁEZ, I. (1983): "El despoblado medieval de Fuenteungrillo (Valladolid)", *Revista de Arqueología*, 30: 52-58.

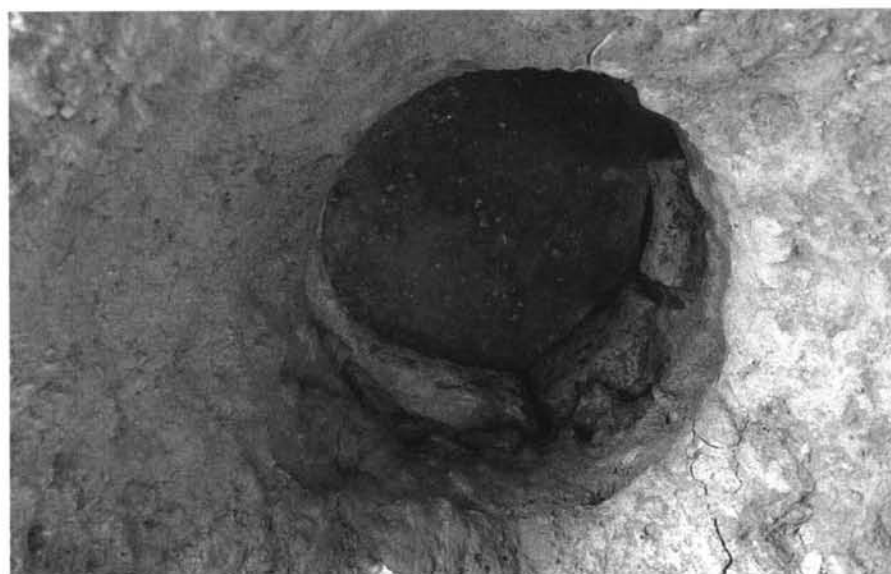
LÁMINA I



1. Vista general de la estructura de planta rectangular construida con piedras calizas, localizada en la ladera suroccidental de El Cerro del Castillo. 2. Aspecto que presentaba en 1991 la esquina de una posible vivienda de época medieval, desmantelada por la erosión, en el sector noreste del yacimiento.



1



2

1. Silos o graneros subterráneos descubiertos en el casco urbano de Montealegre, en un solar de la calle Santa María, parcialmente arrasados durante las obras de desescombro del mismo.
2. Detalle del interior de la boca del denominado silo n.º 3 de la calle Santa María.

LÁMINA III



1. Silo de planta rectangular y esquinas redondeadas hallado en la parte inferior de la ladera suroccidental del espigón de páramo, muy deteriorado al situarse en el sendero que utilizan las reses de ganado ovino de Montealegre para dirigirse hacia las zonas de pasto. 2. Cántaro relleno de cal descubierto entre los escombros que configuraban los niveles de destrucción de la habitación de planta rectangular excavada durante la campaña de 1990 (lám. I).